

El descubrimiento de América: Una interpretación teológica

Dr. Justo L. González

AETH

Buenos Aires, Argentina
1 de marzo de 2007

El descubrimiento de América: Una interpretación teológica

Ante todo, permítaseme felicitar a quienes han escogido el tema para esta noche. Se ve que saben escoger un tema que tiene bemoles. Cuando, hace dos semanas, René Padilla me dijo cuál era el tema sugerido para esta charla, mi primera reacción fue asustarme. Y todavía el susto no se me ha pasado.

Según voy analizándolo, ese susto se debe a dos razones. La primera es la cuestión histórica. En realidad, he trabajado bien poco el campo de los primeros años de la conquista y colonización de América, y cualquier cosa que pudiera ofrecerles en esa dirección esta noche será necesariamente material derivado de quienes sí han estudiado el tema a fondo.¹ La segunda razón es la cuestión teológica. Aun cuando no sea experto en cuanto a los detalles de lo que tuvo lugar, el hecho en general si es conocido y se me pide una interpretación teológica del mismo. Eso no es fácil, pero es tarea de la que no puedo excusarme. Y de ahí el susto.

¹ Una de las razones por las que me atrevo siquiera a tocar el tema es que en estas últimas semanas he tenido oportunidad de charlar con el Dr. Luis N. Rivera Pagán, quien fuera mi discípulo en el Seminario Evangélico de Puerto Rico allá por los tiempos prehistóricos de la década del 60. El Dr. Rivera prepara actualmente un estudio sobre el tema. Por lo que he visto del estudio, y conociendo los trabajos de Luis, sé que nos ayudará a entender mucho mejor lo que tuvo lugar en aquellos tiempos del mal llamado descubrimiento y la conquista. Una porción de su trabajo en este sentido aparecerá en el próximo número de *Apuntes* (invierno de 1989). Lo que aquí digo sobre el tema puramente histórico se deriva en gran medida de ese trabajo.

Pasando entonces al tema mismo, lo primero que hay que reconocer es la diversidad de interpretaciones de lo que tuvo lugar. Hace un par de años, mi señora y yo estuvimos en Andalucía, y ya se veían allí los preparativos para una gran celebración. A la entrada del puerto de Palos hay ahora una gran avenida, con hileras de palmeras a ambos lados, y una inscripción en la que el rey Juan Carlos celebra las hazañas de Colón y los que le siguieron. En Sevilla habrá una feria mundial en 1992, para celebrar el quinto centenario del descubrimiento. Por lo tanto, desde hace más de dos años, hay frente a la catedral de México un gran cartelón que dice: " 12 de octubre de 1492: Día de desgracia nacional". Lo que para unos es gloria, para otros desgracia. El hecho histórico mismo, aún quinientos años después de sucedido, sigue cargado de ambigüedad.

Está ante todo la ambigüedad del nombre mismo. Me han pedido que hable sobre el "descubrimiento" de América. ¿Se puede hablar en realidad de tal "descubrimiento"? El hecho es que Colón estaba perdido, y que siguió perdido hasta el día de su muerte. Para "descubrir" algo se requiere no solamente toparse con ello, sino percatarse de su carácter único, de su especificidad que lo hace digno de la palabra "descubrimiento". Colón no llegó al Nuevo Mundo. Colón llegó a "las Indias", y se llevó a la tumba sueños febriles de la lejana Cipango y la legendaria tierra de Catay.

En segundo lugar, estas tierras no eran susceptibles de "descubrimiento", pues ya estaban habitadas. Quienes descubrieron a Guanahaní no fueron Colón y sus compañeros, sino aquellos indígenas, quién sabe cuántas generaciones antes, aventuraron allende el horizonte en una débil canoa y vieron que otras islas más allá de las hasta entonces había todavía conocidas.

¿Qué fue entonces lo que descubrieron Colón y las subsiguientes generaciones europeas? Desde su perspectiva etnocéntrica, lo que descubrieron fue la América, un Nuevo Mundo; pero en realidad lo que descubrieron — o lo que debieron haber descubierto — fue su propia ignorancia, lo limitado de su cosmovisión. Mucho se ha dicho acerca de la injusticia de llamar estas tierras "América" en lugar de "Colombia", pues Américo Vesputio no hizo más que aprovecharse de los descubrimientos de Colón y darlos a conocer. Pero en cierto sentido el descubrimiento no tuvo lugar en el 1492, sino el 1503, cuando en una carta famosa Vesputio habló por primera vez de un *mundus novus*. Colón encontró las Indias — o creyó encontrarlas, lo cual es peor. Vesputio se percató de que se trataba de un *mundus novus* y por implicación, lo que es mucho más importante, que toda la Europa, y todas las tierras asiáticas y africanas conocidas hasta entonces por los europeos, no eran sino un *mundus vetus* — mundo viejo.

La disputa de Colón con los sabios que le decían que su viaje era imposible tenía que ver principalmente con el tamaño del mundo. Colón agrandaba el Asia y disminuía el tamaño del globo — con lo cual colocaba al Japón por así decir a la vuelta de la esquina desde Europa. Los

sabios concordaban en que el mundo era redondo, pero tenían una idea más correcta de su tamaño, y por ello decían que el viaje propuesto por Colón era imposible. La visión colombina encogía el mundo. La visión de Vespuccio lo agrandaba.

Y, si el mundo hasta entonces conocido por los europeos era un *mundus vetus*, esto quería decir a su vez que era un mundo envejecido, que su cosmovisión como el mundo único estaba caduca, que eran necesarias nuevas visiones y nuevas interpretaciones. Si hubo "descubrimiento" por parte de Europa, éste no tuvo lugar de este lado del Atlántico, sino de aquel, donde el Viejo Mundo empezó a descubrir su propia caducidad.

Ya hace tiempo que Germán Arciniegas, en su libro *América en Europa* (1975) mostró el impacto del supuesto "descubrimiento" en la vida europea, indicando, por ejemplo, que las utopías del siglo XVI, que a la postre ejercieron tan grande influencia en el pensamiento socialista, eran reflejo de las noticias, muchas de ellas distorsionadas, que llegaban de América. Mirándose en el espejo de América, Europa comenzó a descubrir su propia caducidad.

Pero volvamos a América. Estas tierras, como decía antes, no estaban deshabitadas. Tenían habitantes, tenían dueños, y tenían nombre. Veamos cada una de estas tres cosas por orden: nombre, dueño, habitante.

En primer lugar, en cuanto al nombre. Estas tierras tenían nombre. Lo primero que hace Colón es darles nombre. Guanahani se torna San Salvador; Borinquen, San Juan Bautista; y Cuba, Juana. Y hasta a los habitantes se les da nombre nuevo. No solamente a los bautizados se les provee de nombres "cristianos", sino que a toda la población se les da un nombre genérico. A partir de entonces serán "indios". Poco importa que nada tenga que ver con la India. En la mente de Colón y de Europa son "indios", y así se quedarán. Este es el primer gran robo del "descubrimiento": el robo de la identidad. En el Génesis, el dominio de Adán sobre la creación se simboliza en su poder de nombrar las criaturas. Aquí, en la génesis misma del proceso americano, el poder del europeo sobre el nativo se manifiesta en el poder de nombrar. Luego, el hecho de que estas tierras tenían nombre, y estas gentes tenían nombre, y se les desposee de ellos, es señal de que el mal llamado "descubrimiento" es un acto de opresión.

Pero esto es mucho más que un símbolo. Colón no solamente va nombrando las islas, sino que va tomando posesión de ellas en nombre de los Reyes Católicos. Y así llegamos a la cuestión de los dueños. Estas tierras tenían dueño. No tenían dueño necesariamente en el sentido de propiedad privada como la entendía el derecho romano. Pero si tenían quien las cultivaba y administraba. La toma de posesión por parte de Colón, y después por parte de otros descubridores y conquistadores, es una negación de ese hecho. La base legal de la toma de posesión de estas tierras en los primeros años de la conquista consistía en que no eran de nadie. Después, con Las Casas y Francisco de Vitoria, se cuestionará esa teoría, y se llegará a la conclusión de que los indios si eran legítimos poseedores de estas tierras. Pero ya para entonces

se habrán encontrado otros subterfugios para el robo y la expropiación—sobre todo el llamado "Requerimiento" y todas las teorías de la guerra justa. Luego, el hecho de que estas tierras tenían dueño, y se les desposeyó, nos dice que el mal llamado descubrimiento fue un robo.

Estas tierras tenían nombre, tenían dueño, y tenían habitantes. Vamos ahora a lo de los habitantes. Se pudiesen dar cifras para diversas partes del continente. Veamos solamente, a modo de ejemplo las de México. Según los mejores cálculos, en el 1532 había en México poco menos de 17 millones de habitantes. En el 1580, quedaban poco menos de 2 millones. Esto equivale a una pérdida poblacional de 15 millones en menos de cincuenta años. Las razones son muchas: el maltrato, la baja natalidad debido a la explotación laboral de las mujeres, las guerras y rebeliones, las enfermedades traídas por los europeos, etc. Las causas pueden ser muchas, pero en fin de cuentas sólo hay un nombre que le cabe a lo ocurrido: genocidio.

Opresión, robo y genocidio. Esos son los tres nombres que mejor le vienen al mal llamado "descubrimiento" y sus consecuencias. Después vinieron otros elementos de semejante tono: la trata de esclavos, que produjo guerras fratricidas del otro lado del Atlántico, millares de muertes en el océano mismo, y una sociedad aún más dividida de este lado del mar. Y, para completar la historia, hay que añadir que la gran migración de europeos a estas tierras en los siglos 19 y 20, vista desde una perspectiva como una búsqueda de oportunidades económicas, políticas y religiosas, no fue desde otra perspectiva sino otra gran invasión.

Es por todo esto que decía al principio que la tarea que se me pide tiene bemoles. Si buscamos una interpretación teológica del mal llamado "descubrimiento", es posible que lo que se nos esté pidiendo sea que demos razones por las que Dios permitió o produjo la expropiación, la explotación y el genocidio. Y dar razones equivale a justificar. Después de todo, si Dios lo hizo, por cualquier razón que haya sido, debe estar bien.

Hace falta entonces una aclaración. ¿Qué entendemos por "interpretación teológica"? Si lo que entendemos es una explicación o justificación de lo sucedido en términos de los planes y la acción de Dios, me parece que lo único que se puede decir es que tal explicación no es posible.

Me explico. Al plantearnos de ese modo la cuestión del genocidio americano no estamos planteando otra cosa que la vieja cuestión de la razón del mal. Traigámoslo más cerca: ¿quién se atreve a explicar teológicamente la razón del genocidio perpetrado por los nazi? O, cuando un joven en nuestra iglesia muere atropellado por un auto, ¿quién se atreve a ir y darle a la madre una justificación teológica? "Vea usted, señora, no se preocupe tanto. Esto Dios lo hizo por las razones A y B".

El mal es por naturaleza inexplicable. He ahí su poder y su misterio. El mal explicado ya no lo es tanto. Es por ello que todas las teodiceas están condenadas al fracaso: su propósito es explicar

lo que por naturaleza es inexplicable.

Hay, sin embargo, otro sentido en el que sí es posible y hasta necesaria una "interpretación teológica" del mal llamado "descubrimiento". Estoy convencido de que el propósito de la teología no es explicación, sino obediencia. Y, si tal es el propósito de la teología, se sigue que una interpretación teológica del descubrimiento quiere decir, no que intentemos justificar o, lo que es lo mismo, descubrir las razones que pudo haber tenido Dios para permitir tales crímenes, sino que indagemos qué nos dice esa historia para nuestra obediencia hoy, y para nuestra interpretación del Evangelio hoy.

Cuando planteamos la cuestión de ese modo, resulta que lo que estamos preguntando es cómo hemos de leer la historia. Y, como trataré de mostrar más adelante, esto tiene mucho que ver con el modo en que leemos las Escrituras y el modo en que entendemos nuestra obediencia hoy.

Digamos en primer lugar que hay dos modos opuestos de leer la historia. El modo más corriente es una lectura ingenua, según la cual la historia consiste en los grandes hechos de grandes próceres guiados por altos ideales. Tal es la historia patriótica o quizá patriotera que muchas veces nos cuentan en la escuela primaria, y que luego vuelve a relucir en los días de fiesta nacional.

El problema está en que, por mucho que sepamos que esa lectura ingenua es inexacta, tal lectura sigue viviendo aún en las mitologías nacionales. Hace años, en el 1972, estaba yo de visita en la Conferencia General de la IMU en los EE.UU. cuando se debatía la actitud que la iglesia debía tomar ante la guerra en Vietnam. Uno de los delegados, en un discurso apasionado, declaró que se enorgullecía de ser ciudadano de la única gran potencia en la historia de la humanidad que nunca se había envuelto en guerras de conquista, ni había tomado los territorios de otros. Como historiador, mi primera reacción fue de lástima: ¡Pobre americano, ni siquiera conoce su propia historia! Pero entonces la asamblea rompió en aplausos, y mi reacción fue de consternación. Y luego miré a mis dos amigos con quienes había estado hablando hasta ese momento, y mi reacción fue de ira. Mis dos amigos eran un mexicano de Texas y un indio Cherokee. Con pocas palabras, y un poco de historia al parecer ingenua, mis dos amigos habían sido borrados del mapa. Como si jamás hubiera existido la gran nación de los Cherokees. Como si la invasión de México nunca hubiera tenido lugar.

Tal es la historia al parecer ingenua que se enseña en las escuelas. En el caso de los EE.UU., se habla de los grandes ideales de los líderes de la independencia, pero no se dice que uno de los motivos de la ruptura con Inglaterra fue que los ingleses tenían prohibida la toma de posesión de tierras allende los Apalaches, y que varios de los líderes de la independencia habían organizado una compañía para la colonización y explotación de esas tierras.

Lo mismo sucede en nuestras tierras. Se nos enseña una historia ingenua y al parecer inocente. Se nos habla de las glorias de Bolívar, pero nada se nos dice de lo que el gran Libertador pensaba de los indios y mestizos que constituían el grueso de sus ejércitos. Se nos habla de las ansias de libertad, pero pocas veces se nos dice en qué medida se trataba en realidad de la libertad de hacer dinero por parte de las nuevas clases comerciantes.

Esa historia ingenua y al parecer inocente no lo es tanto. Tiene su propósito. Y el propósito es justificar el orden existente. Si la historia pasada es la gesta de los hechos gloriosos de grandes personajes con altos ideales de justicia y libertad, el orden que ha resultado de ella debe ser justo. Cuando nos reunimos en aquella Conferencia General de la IMU estábamos reunidos en lo que antes fue territorio Cherokee. Lo que aquel orador estaba diciendo, y la asamblea estaba corroborando con sus aplausos, era que el país nunca le ha quitado las tierras a nadie. Con ello se pretendía evitar que la asamblea dijera ciertas cosas sobre la guerra en Vietnam. Pero también se estaba diciendo que esas tierras en las que estábamos reunidos no les fueron robadas a los Cherokees. Y, si no fueron robadas, sino sencillamente tomadas por los valientes pioneros que primero se adentraron en ellas, se sigue que el presente orden de posesión es justo.

Empero la historia del mal llamado "descubrimiento" y de la conquista que le siguió debe llevarnos a otro modo de ver la historia. ¿Quiénes somos nosotros, y cuál es el origen de

nuestro orden social? Somos el resultado de una rapiña de proporciones cósmicas en la que nuestros antepasados españoles violaron a nuestras antepasadas indígenas. Los trapos sucios de nuestra historia no son fáciles de esconder. Se encuentran en la génesis misma de nuestra existencia. Indoamérica es por definición tierra violada y tierra de violadores; tierra explotada y tierra de explotadores. Eso es Indoamérica. En nuestras venas culturales y nacionales corre sangre indígena y sangre española, sangre europea y sangre africana, sangre víctimas y de verdugos, sangre de esclavos y de amos. Y nosotros, como pueblo y como individuos somos los dos.

Teológicamente, si estamos dispuestos a ver y aceptar eso que somos, quizá ello nos proporcione cierta ventaja hermenéutica al leer las Escrituras, pues esa historia no ingenua, esa historia "sucia", por así decir, que encontramos en el descubrimiento y la conquista es también la suerte de historia que se encuentra en las Escrituras. Ciertamente, resulta difícil para quien lea la Biblia con cuidado, yendo más allá del nivel de las "historietas bíblicas", hacer de los personajes bíblicos héroes ideales. Abraham da a entender que Sara es su hermana para salvar su pellejo, y luego le permite al faraón acostarse con ella sin siquiera saber que está tomando una mujer casada. Jacob es el "vivo" por excelencia, que le quita su herencia a su hermano y sus ovejas a su suegro. Los israelitas que viven en Egipto son los descendientes, no sólo de José, sino también de sus hermanos que lo vendieron como esclavo—y por tanto la esclavitud de sus descendientes en Egipto tiene ciertos visos de ironía. Al llegar el momento del Éxodo, el mismo Moisés no está muy dispuesto a cumplir su vocación, y el pueblo de Israel se niega a seguir sus

los banquetes de Egipto, se queja de la monotonía del maná.

Y, si vamos al NT, las cosas no son muy distintas. El primer libro del NT empieza con una genealogía a la que deberíamos prestar más atención. Veamos por ejemplo, las mujeres que se mencionan en ella. La primera es Tamar, de cuya unión incestuosa con Judá nacen Fares y Zara. Luego viene Rahab, la ramera de Jericó que escondió a los espías de Israel y se salvó así con su familia. Rut, la esposa de Booz, era de origen gentil. Y David, nos dice el texto, "engendró a Salomón de la que fue mujer de Urias". Por último se menciona a Maria, una mujer que para los que conocen la historia por dentro es escogida por Dios, pero que para el resto del mundo—y hasta para José, hasta que se le revela el secreto—una mujer que salió encinta no estando casada. Luego, lo que tenemos aquí es una genealogía muy distinta de esas genealogías que se buscan los aristócratas de hoy—y los que pretenden serlo. Es una genealogía en la que los trapos sucios se sacan al aire, para que todos los vean.

Y en el libro de Hecho, sobre el cual trabajo en estos días, puede verse lo mismo. Una lectura ingenua de la historia nos llevaría a idealizar aquella iglesia primitiva de la que nos habla Hechos, y a tratar de emularla. Pero lo cierto es que el mismo libro de Hecho no está escrito desde esa perspectiva ingenua. Nos habla, sí de una comunidad que perseveraba en la oración y en la que se compartían los bienes según las necesidades de cada cual; pero también nos habla de Ananias y de Safira, y de la injusticia que se cometía con las viudas helenistas en la distribución diaria, y que produjo murmuraciones por parte de los helenistas. A cada paso,

aquella iglesia primitiva va descubriendo lo limitado de su visión. En el episodio mismo de la distribución a las viudas a que acabo de referirme, la crítica es a los doce, a cuyos pies se colocaban las ofrendas, y quienes por tanto estaban a cargo de la distribución. Entonces los doce deciden que se nombre a otros siete para que se ocupen de la distribución, mientras ellos van a reservarse el ministerio de la predicación. Pero, ¿qué nos dice el libro de Hechos? En el siguiente versículo se nos anuncia que Esteban, uno de los siete, lleno del Espíritu Santo, comenzó a predicar. Y luego, en el capítulo 8, la atención se vuelve hacia otro de los siete. Y en el 9, hacia Saulo, que no era ni de los doce ni de los siete. . . En resumen, que los apóstoles se equivocaron.

Si algo nos dice el mal llamado "descubrimiento" y su secuela, la conquista y colonización, es que nuestra historia como la historia bíblica, no ha de leerse con la ingenuidad de aquel hermano de Georgia. Ha de leerse, al contrario, de tal modo que nos recuerde que el presente orden no es dado por Dios, que aquellos de nosotros que gozamos de privilegios, los gozamos en parte como consecuencia de aquella rapiña que disfrazamos con el nombre de "descubrimiento".

La historia así leída nos llama a un nuevo descubrimiento": A descubrir, ante todo, lo temporero y lo injusto del orden dado; a descubrir, en contraste con ese orden dado, la promesa del Reino de Dios, y las perspectivas sorprendentes que esa promesa nos abre; y a descubrir, por último,

lo que aquellos primeros europeos no descubrieron, pues se lo ocultó su prejuicio y su avaricia:
descubrir, solidariándonos con él, al pueblo aborigen de estas tierras, cuyos 500 años de
resistencia merecen celebración que los 500 años de conquista y explotación merecen.

